

ello, y cuando no podía de cansado, suplicaba á Drogon que se la hiciese. Ultimamente, despues de haber pedido las oraciones de la agonía espiró suavemente con los ojos vueltos hacia el cielo, y la alegría de los predestinados impresa en su rostro. Es verdad que respecto del gobierno tenia que reprenderse de grandes faltas; pero su debilidad involuntaria, los cortos alcances de su talento, la admirable pureza de sus costumbres, y el ejemplo de todas las virtudes privadas que dió constantemente á sus súbditos, y el arrepentimiento de lo que pudo haber de voluntario en la inobservancia de las obligaciones del trono, tan difíciles de cumplir en las circunstancias delicadas en que se hallaba, hacer esperar que el Señor le juzgaria con misericordia. Su cadáver fué trasladado á Metz, y enterrado cerca de su madre Hildegarda en la iglesia de San Arnolfo (840).

Era de una piedad que se admiraria aun en un religioso (1). Todas las mañanas iba á la iglesia, en donde se estaba por largo tiempo rezando, postrado en tierra, la que regaba frecuentemente con sus lágrimas. Era muy instruido en la ciencia de la Escritura, y conocia su sentido espiritual y moral, propio y alegórico. Habia aprendido en su juventud poesias profanas, pero despues no quiso volver á leerlas ni oír hablar de ellas. En las fiestas públicas, cuando los músicos y los bufones divertian al pueblo, él contenia á todo el mundo con su modestia. Jamás se le vió dar risoladas; era sumamente sobrio. Vestia sencillamente, y solo en las grandes fiestas se presentaba, como sus padres los reyes, radiante de oro, con la corona en la cabeza, y el cetro en la mano. Llegó su liberalidad hasta dar de su dominio á diferentes par-

(1) Theg. c. 39.

ticulares. Todos los dias distribuia abundantes limosnas antes de comer; y en todas partes donde se hallaba procuraba hubiese tambien alojamiento para los pobres. Por su facilidad en perdonar le dieron el nombre de Piadoso. Se alaba en él que jamás hizo cosa alguna sin consejo; pero esta regla de prudencia vino á ser el manantial de sus muchas faltas. Parece que ignoraba que si el consejo puede guiar á un príncipe, nunca le debe subyugar. Por esto fué el juguete de todas las pasiones, flaquezas ó intereses particulares de los que emprendieron gobernarle; trocó todos sus deberes, y segun el retrato que de él han hecho en tres palabras, no mereció mas que el nombre de escelente particular, demasiado buen padre, y muy mediano emperador.

Algun tiempo antes de su muerte habia permitido á los santos arzobispos de Lyon y de Viena, Agobardo y Bernardo, que habian vuelto de sus estravíos, que entrasen otra vez en sus Sillas (837). Agobardo recobró su gracia de tal modo que le puso al frente de los negocios en el reino de Aquitania; pero murió en Saintes el mismo año que el emperador, y la iglesia de Lyon le honra con el nombre de San Agebaldó. Bernardo murió dos años despues, y es igualmente venerado en el país, porque tenia eminentes virtudes, un celo verdaderamente apostólico, y tanto despego de las cosas de la tierra, que para que subiese á la Silla de Viena fué necesaria una orden expresa del Sumo Pontífice. Sus padres, que eran de clase distinguida, le casaron en su juventud; pero él consiguió despues el consentimiento de su muger para abrazar la vida religiosa en el monasterio de Ambronay, en Bressa, que habia fundado, y tambien fundó el de Romans, donde escogió su sepultura.

Ebbon, depuesto del arzobispado de Reims, pretendió tambien volver á su Si-

lla (1). A favor de la division, que asi que murió Luis el Piadoso se introdujo en su insociable familia, salió Ebbon de la abadía de San Benito sobre el rio Loira, en donde hacia siete años que estaba encerrado. Lotario, hijo mayor de Luis, y su sucesor en el imperio, habia pasado el rio Mosa, que debia separar sus Estados de los de Carlos segun el último arreglo del emperador difunto. Todo lo pretendió invadir, ó por lo menos hacer los dominios de sus hermanos dependientes de su imperio; y asi pasó no solamente el rio Mosa, sino el Sena, y avanzó hasta el país del Loira. Fué á verle Ebbon, y á súplicas de su iglesia fué restablecido, segun el acta de restablecimiento, y por el juicio de los obispos; pues se vé en ella la firma de veinte obispos y cuatro arzobispos, pero italianos en su mayor parte, y todos absolutamente adictos á Lotario. No dejó Ebbon de ocupar la Silla de Reims un año entero; pero despues el rey Carlos, que volvió á recobrar sus Estados, le obligó á dejarla para siempre y retirarse á Alemania. Entonces le hicieron obispo de Hildesheim en Sajonia, de consentimiento de los obispos y del Sumo Pontífice, y allí ejerció pacíficamente su ministerio por espacio de nueve años que vivió todavía. Este prelado, famoso por la estraña diversidad de acciones buenas y malas, parecia haber recobrado entonces el espíritu de sus primeros años, y así se aplicó á trabajar en la conversion de los paganos, y sostuvo á San Anscario en los trabajos que pasaba en Suecia.

La discordia entretanto iba cada dia en aumento entre los hijos del emperador Luis. El rey de Baviera ó mas bien de Germania, que por esto se llamó Luis el Germánico, unió sus fuerzas con las de su hermano Carlos para oponerse con mas vigor á las

(1) Flod. lib. 2, cap. 20.

empresas de su ambicioso hermano mayor. Los ejércitos de los dos partidos se encontraron cerca de Auxerre en el mes de junio de 844, y Luis y Carlos, con ser mucho mas fuertes, no se determinaban á dar una batalla en que se trataba de perder á un hermano, y esponer la sangre mas noble de los franceses. Hicieron diferentes proposiciones, pero el orgulloso Lotario á todas se negó con altivez. Por último, el dia de San Juan le declararon, que si no cedia sobre la marcha, al dia siguiente antes de amanecer llegarían al sangriento juicio del Dios de los ejércitos (1), y con efecto se dió la batalla cerca de Fontenai el sábado 25 de junio con el furor que es ordinario entre hermanos divididos. Se declaró el Señor contra el mas culpable, y la pérdida de Lotario fué igual á lo porfiado de su resistencia, quedando su ejército destrozado, despues de una espantosa carnicería. Volvieron los dos reyes vencedores á sus primeros sentimientos de moderación, despues de la victoria que confesaban haber logrado con el favor del cielo; detuvieron al soldado que todo lo queria llevar á sangre y fuego, y no le dejaron perseguir á los fugitivos. Al dia siguiente se celebró la misa en el campo de batalla, se dió sepultura á los muertos, se curó á todos los heridos, sin distincion de súbditos ó enemigos, y se dió libertad á los prisioneros. Todavía fué preciso para sosegar los remordimientos de los dos príncipes ó el horror que les causaba tanta sangre derramada, que les asegurasen los obispos en nombre de Dios que nada debia remorderles la conciencia por haber peleado á pesar suyo.

Despues de la batalla, el primer cuidado del rey Carlos fué restablecer al santo obispo Aldrico que se refugió en su comitiva despues de un año que le habian arroja-

(1) Nithard. l. 9, init.

do de su silla los mauséos sublevados (1). En la rebelion de esta provincia el santo prelado habia estado con heroica constancia por su legitimo soberano, por mas que los rebeldes le prometieron conservar su dignidad, y aun aumentar mucho su poder, si abrazaba su partido; pero mas quiso exponerse al resentimiento de aquellos furiosos, los cuales despues de haberle arrojado con ultrage, saquearon la casa episcopal, le quitaron de sus tierras ochenta caballos y doscientas reses de ganado. Lo que mas sintió el caritativo prelado fué que disipasen las provisiones destinadas á la hospitalidad y la limosna, y que arruinasen enteramente siete hospederias que habia edificado, es decir, diferentes casas para recibir huéspedes, y entre ellas una que estaba destinada para alojar á los obispos, abades y señores estrangeros. Tambien habia pretendido reedificar la catedral, la claustra de los canónigos, y hasta cinco monasterios. Todas estas obras se quedaron imperfectas con la espulsion de este obispo, cuya caridad y habilidad eran las únicas que podian llevar á cabo tan grandiosos designios.

Como Aldrico descendia de la primera nobleza de los franceses, y estaba emparentado con las familias mas ilustres de Germania, todas sus buenas obras llevaban el sello de la grandeza, de la elevacion de su alma y de su gusto por el bien público. Desde el primer año de su obispado proveyó de agua á la ciudad de Mans, porque tenia que ir á buscarla al rio de Sartha. Con todo eso no habia hombre mas sencillo y humilde que él, ni mas enemigo del fausto y del tumulto, así como ni mas piadoso y recogido. Desde la edad de doce años que llevó su padre á la corte, en cumpliendo de dia con su obligacion, se retiraba por la noche sin que nadie lo advirtiese á una

(1) *Gest. S. Aldr. tom. 3 Baluz. pag. 129 et seq.*

iglesia en donde pasaba mucho tiempo en oracion y meditacion. En esta pacífica comunicacion con Dios resolvió darsé al Señor enteramente, abrazando la vida clerical en la iglesia de Metz, que pasaba por una de las mas arregladas del reino, y que con efecto ha servido de modelo á la mayor parte de las otras. Por la reputacion de su virtud le tomó el emperador Luis por su confesor, bien que esta plaza no la ocupó mas que cuatro meses, porque creciendo de dia en dia su fama, y vacando la Silla de Mans, Laudrano, arzobispo de Tours, el conde y toda la nobleza del Maine, el pueblo y el clero le eligieron unánimemente por su obispo. Drogon de Metz dió sus dimisorias dirigidas á su presbítero y al arzobispo de Tours, el cual le consagró solemnemente en la catedral de Mans (832). Tal era la virtud del santo Aldrico, harto pura y magnánima para que pudiese faltar á su soberano, el cual fué en persona al Maine para honrar á este modelo de fidelidad y sofocar la rebelion Sigismundo, abad de San Galais, y habia entrado en el partido de los rebeldes con el fin de sustraer su monasterio de la autoridad del obispo; pero el rey Carlos en confirmacion de una primera sentencia del emperador Luis adjudicó de nuevo é hizo restituir este monasterio á San Aldrico. No debe confundirse este santo obispo de Mans con otro San Aldrico obispo de Sens, que por el mismo tiempo se señaló por su ciencia y su virtud.

Mientras los príncipes franceses empleaban sus fuerzas dentro del reino, y siempre en arruinarle, debilitando á sus enemigos domésticos y debilitándose los unos á los otros, perdieron los normandos el respeto que les habia impreso el nombre de Carlo Magno y empezaron á verificar los tristes presagios de este grande hombre. Elamábanse generalmente con ese nombre tudesco, que significa hombres del Norte, á los habitantes

salvajes de Dinamarca, de Noruega y de los países vecinos: monstruos de impiedad y de barbarie, que tan enemigos parecian de la humanidad como del cristianismo. Hicieron su nombre tan terrible, que públicamente se invocó el auxilio divino contra su furor, que fué por largo tiempo el mas terrible azote. Recorrian los mares con prodigiosa celeridad en muchas embarcaciones pequeñas á vela y remo, subian muy adelante por los rios, insultaban algunos dias á veinte diferentes plazas, volvian á presentarse por todas partes, llevando por diferentes parages la carniceria, el incendio, la ruina de las ciudades, y la profanacion de los templos, y otras mil atrocidades y crímenes de que no habia idea antes de ellos.

La Neustria marítima, cuya fertilidad y riquezas desde luego conocieron, fué uno de los primeros países que desolaron (1). Entraron en ella por el rio Sena, saquearon á Ruan, quemaron el monasterio de San Ouen, subieron hasta el de Jumiega, que tambien fué presa de las llamas, exigieron inmensas cantidades por perdonar el de Fontenelle, y en una palabra, arruinaron las dos riberas del Sena, despojando ó incendiando las iglesias y los pueblos, desde el 12 hasta el 31 de mayo de 841, y entonces se volvieron llevando un prodigioso botin.

En otra irrupcion (843) bajaron hasta Nantes, la hallaron sin defensa y la escalaron (2). Se retiró á la iglesia mayor el obispo Guihard con todo su clero, grande multitud del pueblo, y los monges de la isla de Aindre, que habian llevado allí su rico tesoro como á un asilo seguro. Pero los bárbaros rompieron las puertas y ventanas, pasaron á cuchillo la multitud, y sobre todo los clérigos y monges, y en esta carniceria

(1) *Chron. Normand. Chron. Fontenel. Tom. 2. Duchén. pag. 387, 524.*

(2) *Annal. Berl. ann. 843, p. 180.*

fué comprendido el obispo, y solamente perdonaron á algunas personas que embarcaron para venderlas. De Nantes pasaron á la isla de Aindre en el Loira, y pusieron fuego al monasterio abandonado; volvieron despues á embarcarse con casi todas las riquezas del país, y con innumerables cautivos de todo sexo y de toda edad, lo cual acabó de agotar los recursos de los fieles, porque el rescate fué muy caro. En la irrupcion de Neustria pagaron los monges de San Dionisio por sesenta y ocho esclavos veintiseis libras de plata. Despues que se retiraron los bárbaros, fué trasladado el cadáver de Guihard de Nantes al monasterio de San Sergio cerca de Angers, en donde es honrado como mártir.

Al mismo tiempo que los salvajes del Norte acometian á la Francia por el lado del Océano, entraron en ella los sarracenos á la parte meridional por el Ródano, abor-daron cerca de Arlés, y cargaron sin resistencia sus embarcaciones de inestimables despojos (1). En Italia hicieron muchos desembarcos mientras Lotario estaba distante haciendo la guerra á sus hermanos, y poco faltó para que tomasen á Roma. Saquearon la iglesia de San Pedro, que todavia no estaba dentro de la ciudad; tambien quisieron robar el rico monasterio de Monte-Casino, pero un arroyuelo que se hinchió prodigiosamente con una repentina inundacion, detuvo su curso, y los monges lo tuvieron por milagro (2). Con todo eso, no pudieron salvar sus inmensas riquezas, porque dos señores ambiciosos, Radelgiso y Siconulfo se disputaban el ducado de Benevento, y por su envidia habian traído este azote contra su patria, pues Siconulfo pidió socorro á los sarracenos de España, y Radelgiso á los del Africa. Para saciar la codicia

(1) *Ann. Berth. an. 842; Nith. lib. 4 in fin.*

(2) *Chron. Cass. lib. 1, c. 23.*

de los moros de España recogió Siconulfo en diferentes exacciones casi todos los tesoros que los reyes de Francia, desde Pipino, habían complacido en prodigar á un monasterio reverenciado como origen, por decirlo así, de la perfeccion religiosa en todo el Occidente. Se hace la cuenta que se llevaron ciento y treinta libras de oro y ochocientas sesenta y cinco de plata, en cruces, coronas, cálices y otros vasos, y treinta y dos mil sueldos de oro en moneda, sin contar una corona de oro adornada de esmeraldas, apreciada en cinco mil sueldos de oro, y otros muchos ornamentos de plata.

Murió el Papa Gregorio IV poco después de esta desolacion, dia 11 de enero de 844 (1); y el dia 27 del mismo mes fué ordenado Papa el arcipreste Sergio sin esperar la confirmacion del emperador. Habian mediado motivos particulares para consagrarle sin dilacion, porque el diácono Juan habia reunido una tropa sediciosa del populacho para hacer frente á Sergio, y ya con mano armada habia forzado las puertas del palacio de Letran, y eran de temer las últimas violencias y el cisma; pero la nobleza romana se puso al instante sobre las armas, disipó á los sediciosos, encarceló al diácono cismático, y si le salvó la vida fué á ruego del nuevo Papa. Esto no obstante, el emperador Lotario llevó á mal que no esperasen su consentimiento y sus diputados para consagrar á Sergio (2); como si en el juramento que libremente se le habia hecho para hacerle protector de la Iglesia, no se hubiera puesto la reserva ó condicion del bien público y del interés comun. Figurándose pues que habia querido autorizarse con ejemplos anteriores y que en adelante no pedirian ya el beneplácito del emperador, Lotario envió á Roma á Luis, su hijo mayor, nombrándole desde entonces rey de

(1) Anast. in Greg. IV.

(2) Annal. Berlin. an. 844; Luitpr. vit. Pontif.

Italia, é hizo fuesen en su compañía su tio Drogón, obispo de Metz, y muchos prelados y señores. El Pontífice, á quien la certeza de su derecho no le hacia olvidar la deferencia debida al representante de la magestad imperial, quiso se hiciesen al jóven principe los mismos honores que al emperador; y así envió á recibirle á nueve millas de distancia todos los magistrados, y á una milla todas las compañías de la milicia con sus gefes, los cuales celebraban la venida del rey con himnos de alabanza. Recibióle el clero á la entrada del arrabal con cruces y estandartes, y el Papa le aguardó en las gradas de la iglesia de San Pedro con las puertas cerradas. Cuando llegó, dice Anastasio, que el Pontífice le dirigió estas palabras, las cuales dan á entender que la soberania de los emperadores sobre Roma distaba mucho de ser absoluta: «si venís por el bien del Estado y de la Iglesia, os abriré las puertas; si no, no consentiré que las abran.» El rey respondió que venia con pensamientos de paz, y abiertas entonces las puertas entraron juntos, se postraron delante de la confesion de San Pedro, y se retiraron después que el Papa pronunció una oracion. Pero como los franceses que habian venido con Luis talaban los alrededores de Roma, mandó el Papa cerrar las puertas de la ciudad, temiendo quisiesen apoderarse de ella; prueba bastante clara de que no pertenecia á Lotario y que este no era mas que su protector.

Reuniéronse entretanto veintitres obispos, todos italianos menos Drogón, y siete condes, para examinar la eleccion de Sergio; y sin embargo que habia dos arzobispos, Gregorio de Ravena y Angilberto de Milan, presidió el obispo de Metz, á quien cedieron la presidencia solo por honor, por ser archicapellan y tio del emperador (1).

(1) Tom. 4 Concilior. pag. 1799.

El Papa contestó con tanta firmeza y precision que tapó la boca á sus enemigos. Se convino en que en lo sucesivo no se efectuase la consagracion del Papa antes de recibir el consentimiento del emperador, y esto á fin de precaver alborotos. El rey Luis fué consagrado rey de los lombardos ó de Italia por el Soberano Pontífice, el cual le puso la corona en la cabeza y le ciñó la espada Real. Habiendo pedido los franceses que los romanos le prestasen juramento de fidelidad, declaró Sergio que solo consentia en que se prestase al emperador Lotario, y efectivamente, el Papa, el rey, los arzobispos y obispos y los romanos prestaron este juramento en la iglesia de San Pedro. Por último, el Pontífice nombró al obispo Drogón su vicario general en las Galias y en la Germania, con autoridad sobre los metropolitanos y poder para congregar Concilios en todo el imperio francés, salvo empero el derecho de apelar al Papa.

Por su parte el rey Carlos procuró restablecer la suprema autoridad y el buen orden que se habian aminorado con las disensiones de la familia Real. El famoso conde de Barcelona, Bernardo, que en otro tiempo habia sido muy adicto á la emperatriz Judit, fué uno de los mas peligrosos enemigos de Carlos, hijo de esta princesa, porque siempre ephaba menos la autoridad que habia obtenido en tiempo de Luis el Piadoso. Ni su mucha edad, ni sus muchas desgracias habian amortiguado su ambicion: no cesaba de maquinarse para recobrar su antiguo poder, y así firmó un tratado secreto con los rebeldes de Aquitania y con los sarracenos de España. Súpolo á tiempo Carlos y le mandó arrestar, é instruyeron el proceso en toda forma, y convencido del crimen de lesa magestad, fué decapitado. Carlos puso sitio en Tolosa á Guillermo, hijo de Bernardo; pero unas tropas de Aquitania sorprendieron en el pais de Angulema á los

franceses que marchaban á Tolosa, y los derrotaron. Observamos aqui que los sacerdotes y aun los obispos llevaban las armas como los demas señores; á pesar de los reglamentos en contrario que se hicieron en tiempo de Carlo-Magno. Hugo su hijo, abad de San Quintin, y Riboron su nieto, abad de Géntulo, murieron en la batalla (1); fueron hechos prisioneros Ebroin, obispo de Poitiers, capellan mayor del rey Carlos, con Raquenario, obispo de Amiens, y Lupo, abad de Ferrieres en el Gatínés. Lejos de tenerse por delito el que llevasen armas estos prelados, se pretendia que estaban estrechamente obligados á ello por causa de sus feudos. Tan arraigada estaba esta preocupacion nacional, pues no se puede negar que habia entre ellos muchos de una virtud poco comun y de sobresaliente mérito en las ciencias.

Particularmente Lupo de Ferrieres se habia consagrado desde niño al estudio de las letras y á la práctica y virtudes monásticas en la misma abadía de Ferrieres, bajo la direccion del santo abad Aldrico, después arzobispo de Sens. Ordenado de diácono fué á continuar sus estudios en Fulda con el abad Rabano, maestro entonces de los mas celebrados. Progresó en ellos rápidamente, y volvió á Francia con gran reputacion de virtud y doctrina, y mereciendo poco después perder la abadía de Ferrieres su abad Odon, por su conducta irregular y escandalosa, le pareció al rey Carlos que para reparar aquellos escándalos no habia otro como Lupo. Eligióronle, pues, los monges, y el rey confirmó cuanto antes la eleccion. Parece que el nuevo abad se granjeó en gran manera la confianza de su soberano; pero de ella se sirvió únicamente para darle consejos con una libertad y dis-

(1) Annal. Fuld. 844.